



historia de vida
de andrea

andrea
**yo soy libre
y esto es justo para mí**



UNIÓN EUROPEA



COLECTIVA
**ACTORAS
DE CAMBIO**

**Proyecto “Tejiendo Redes
de Mujeres para Construir Libertad,
Justicia y Equidad”**

“La presente publicación ha sido elaborada con el apoyo financiero de la Unión Europea, su contenido es responsabilidad exclusiva de **Colectiva Actoras de Cambio** y no necesariamente refleja los puntos de vista de la Unión Europea”.

© colectiva actoras de cambio 2020
investigadora amandine fulchiron
traductora josefa lorenzo
transcriptora josefina lorenzo
redacción maría José Pérez
edición eva capece
diseño e ilustración laura sánchez cortés
impresión serviprensa
Gracias al apoyo de: Fondation Pro Victimis

Esta publicación puede ser empleada
acreditando a la Colectiva Actoras de Cambio,
a favor de nuestra vida y libertad como
mujeres, aquí y en todo el planeta.

«Esta publicación ha sido elaborada con el apoyo
financiero de la Unión Europea. Su contenido es
responsabilidad exclusiva de Colectiva Actoras de Cambio
y no necesariamente refleja los puntos de vista
de la Unión Europea».

La CEH comprobó que durante el CAI, en Guatemala: “la violación sexual de las mujeres, durante su tortura o antes de ser asesinadas, fue una práctica común (del Estado) para destruir la dignidad de la persona en uno de sus aspectos más íntimos y vulnerables. La mayoría de las víctimas de esta violación fueron mujeres mayas”. Además, “Las violaciones de los derechos humanos y hechos de violencia atribuibles a actos del Estado alcanzan el 93% de los registrados por la Comisión”. ¹

La sentencia del juicio por Genocidio en 2013 dictó que: “Se demuestra en forma contundente que sí existió violación de mujeres por parte de soldados del Ejército de Guatemala.... el ataque contra las mujeres fue sistemático....las violaciones se produjeron en forma continuada y contribuyeron a la destrucción del tejido social.

La mujer fue objetivo de guerra” ²

“Entre los casos registrados por la CEH las acciones de los grupos insurgentes produjeron el 3% de las violaciones de los derechos humanos y hechos de violencia, entre hombres, mujeres y niños”.

-
- ¹ Comisión para el Esclarecimiento Histórico, (1999) Memorias del Silencio: Conclusiones y Recomendaciones. Guatemala, UNOPS. Pag. 44
 - ² Sentencia Juicio por Genocidio. 2013. Guatemala. <https://archive.org/details/Sentencia-PorGenocidioVsRiosMontt>



**yo soy libre
y esto
es justo
para mí**
andrea

Delante de una mata de café

Yo aquí nací, en esta aldea de Che-Cruz. Aquí nací y crecí. Nosotros somos ocho hermanos. De los hijos que mi mamá tuvo algunos ya fallecieron, algunos siguen vivos. Eso fue mi vida, aquí empecé a conocer.

Antes no teníamos zapatos, éramos muy pobres. Andaba descalza. Así caminaba, en la tierra. Me fijé bien en mí y no tenía ropa. Era la misma que usaba siempre. Mi papá no me daba zapatos ni ropa, y me dije: “tal vez así tengo que vivir todo el tiempo, aunque no me sienta bien”. Cuando ya empecé a conocer más y más, ya creciendo, le pregunté: “papá, ¿dónde están mis zapatos? ¿Por qué yo no tengo ropa?” Mi papá era borracho, él tenía cuatro mujeres o cinco. Trabajaba solo para estar con esas mujeres y por eso era que yo no tenía zapatos.

Después dijo mi papá: “vamos ahora a la finca y yo voy al otro lado”.¹ Nos fuimos y mi papá ni siquiera se preocupaba por mí. Tal vez como diez años tenía yo. Tenía miedo de ir con él porque no es igual que con mi mamá. Yo lloraba porque nos podíamos perder en la finca. Él decía: “bueno hijos, si se van a quedar, trabajen. Yo me voy a ir”. Y nosotros nos quedábamos en el cafetal, llorando delante de una mata de café, porque nos dejó recomendados en la finca con unas personas, los hijos de doña Juana. Con ellos nos dejó y allí estuvimos.

Después, a los quince días regresó él a vernos y no le importaba si nosotros comíamos y no podíamos moler. Nosotros teníamos hambre, éramos chiquitos. Mi hermano, el más grande, me dijo: “yo no puedo echar tortillas, ahora nos aguantamos porque no sabemos y no podemos comer”. Nosotros estuvimos solos, recomendados. Y a mi me duele porque nos hubiera podido violar la gente.

1 Al “otro lado de la frontera”, México.

Solo un puño de café hicimos porque nosotros éramos niños. Me fui con mi hermano y le dije: “voy al otro lado para que yo pueda comprar mis zapatos y mi ropa”. Y cuando fuimos grandes nos fuimos a México. Nos pagaban un peso por cada canasto de café, por una caja nos daban ocho pesos. Entonces allí nos pusimos nuestros zapatos. Yo usé un par de zapatos de hule.

Y nosotros trabajando

Mi papá era bolo,² mujeriego, no nos daba comida y muchas veces golpeaba a mi mamá. Ella estaba embarazada de mi hermano y él la sacaba de la casa, traía a otras. Mi mamá se quedó aquí en la casa y la mitad del terreno era para la otra mujer. Yo le decía a mi mamá: “¿cómo aguantas? Te hubieras corrido”. Mi mamá no decía nada. Si decía algo, él le pegaba. Más tarde, cuando la guerrilla entró aquí en la aldea, ella me dijo: “gracias a dios entró la guerrilla porque ellos compusieron a tu papá, ellos lo hicieron hombre. Dejó a las mujeres. Él ya no me pegaba, ya no hubo violencia”.

Papá vivía con la otra mujer o con mi mamá, donde quisiera vivía él. Ella lo recibía, no lo sacaba. Él decía que era rico, que quería tener muchas mujeres. Y me contó la otra mujer: “me junté con tu papá porque es rico. Él dijo que era de él toda la aldea de Che-Cruz. Y como es bastante su terreno, por eso me interesó, por su terreno de mis hijos”.

2 Borracho.

Él era rico y nosotros trabajando, así pasó. Se echó a perder mi papá porque no está bien lo que hacía. Por eso ahora ya no tiene nada. Perdió todo lo que tenía.

Nada más por el nombre

Antes la gente no estaba organizaba. Donde se juntaba era en Tojlate, hasta allí llegaba la gente. Yo nunca fui, pero eso me contaba mi mamá, que antes hasta la municipalidad de Colotenango íbamos por cualquier problema. Hasta después se organizaron los de Che-Cruz. Me contó ella que cuando tuvo problemas con mi papá fue hasta la municipalidad y lo que le dijo el juez fue que si mi papá era rico podía tener dos mujeres, pero les tenía que hacer sus casas a cada quien para no tener problemas, y que alimente a sus hijos, que tengan ropa, que solo así tenía la oportunidad de tener dos mujeres.

El juez le decía: “tienes que estar tranquila, en la casa, con tus hijos. Y él puede estar en otra casa con sus hijos, con la otra mujer.” Entonces mamá sintió que el juez solo apoyaba a mi papá y se cansó. No tenía fuerza para decir: “me voy, me quito de aquí”. ¡Lo que aguantó mi mamá! Tal vez no tenía idea adónde irse. Por eso se quedó. Yo no podría aguantarlo. Entonces no pensaba yo que lo dejara, pero ahora tal vez no aguantaría estas cosas; yo no aguantaría que tenga otra mujer un hombre. Lo único que haría sería escaparme.

Más antes las autoridades no tenían mucha experiencia, como que nada más uno era alcalde pero sin saber las leyes. La gente los elegía pero si hacían algo o no, no importaba. Lo que importaba era que se pasaban sus años con el nombre de “alcaldes” y no hacían nada. De vez en cuando se iban al pueblo, cuando querían, o sino se quedaban así. Nada más por el nombre. Y llegaba la fecha, hacían el cambio de autoridades otra vez y tampoco hacían nada.

Mi mamá me contó que cuando también llegó con ellos a decir que teníamos problemas con mi papá, le dijeron: “de plano también tuviste la culpa, no lo atendiste bien a tu marido, por eso encontró a otra mujer. Tal vez tú lo provocaste o le contestaste. Tal vez no lavaste sus ropas o no le preparaste pronto su comida, no lo hiciste bien.” Eso es lo que le dijeron a ella. No hacían su trabajo, no conocían las leyes. De plano no conocían nada, porque igual nadie los orientaba. Lo que hacían era solo estar sentados. Cuando tomaban una auxiliatura o un juzgado no hacían el trabajo de la ley. Las mismas mujeres tenían que pedir perdón cuando les pegaban: “porque es tu jefe, es tu marido. Si te pega tu jefe, es tu jefe, es el que te manda. No puedes hacer nada. Tienes que hacerle caso porque es el jefe para tí en tu casa, tú estás bajo su ley.” Así decían ellos.



Somos tres mujeres y yo aprendí a leer con piedras

Cuando empecé a escribir mis primeras letras sentí que me quite una venda de mis ojos. Vi la claridad en mí. Cuando fui grande empecé a chapear³ para mantener a mi mamá y para la comida. Si queríamos comer elote, nosotros mismos trabajábamos para sembrar y como no tenemos hermano varón grande, mamá decía: “ustedes, niñas, no se van a la escuela. Tienen trabajo para pastorear, correr el ganado. Solo los varones vayan a la escuela. Ustedes no, tienen su finca, sus borregos para cuidar. Sus hermanos sí tienen que estudiar”. Mi hermano José estaba estudiando en primero, es enfermero. El Luis, el Jacinto y el Andrés sacaron sexto grado. A nosotras no nos dieron nada de estudio.

Somos tres mujeres y yo aprendí a leer con piedras. Yo no conocía lapicero ni cuaderno pero llevaba un carbón cuando iba a pastorear. Encontraba las lajas de piedra y escribía o dibujaba cualquier cosa. Pero nada me compraban, ni lapicero ni cuaderno. Eso es lo que me dolió bastante, porque nos encerraban en el temascal cuando venían los maestros a levantar censo. Según mi mamá nos contó, nos metieron en el chuj:⁴ “aquí no hay niñas, decía, solo tres varones hay”.

Cuando yo era grande le dije a mi hermano: “enséñame, préstame un lapicero”. “Si, me dijo, te voy a enseñar”. No sé cuántos cuadernos le compraba mi papá. “Solo una hoja

3 Limpiar la tierra de malezas y hierbas con el machete.

4 Temascal.

te voy a dar, decía, cuaderno no, porque mi papá no me compra bastante”. “Bueno, aunque sea solo una”.

“Esto se llama pato”, me decía. Y yo decía: “pato, pato” en mi mente y cuando llegaba en el río encontraba una piedra grande y me ponía a escribir: pato, pato, pato. Así aprendí. Eso dije yo cuando era grande, antes de embarzarme: “así como yo no estudié, mis hijos tienen que salir adelante. Así me hizo mi papá, pero mis hijos no”.

Yo me encabronaba con mis hermanos. Me levantaba primero a hacer la comida. Ellos se preparaban para ir a la escuela y yo me quedaba, trabajaba para mantenerlos. Peleaba mucho porque a ellos daban estudio y a nosotras no.

Muy cerca del suelo

Antes en el fuego me senté, abrí un poco mis piernas y mi papá me tiró ceniza. Nunca me dijo por qué. Yo preguntaba pero me decía que eso no era bueno. “Tú tienes que tener cerradas tus piernas, no como los hombres”. Yo era muy chiquita. Tal vez tenía ocho años o menos. Mi papá me decía: “es delicado si dejas tu corte⁵ muy corto. Tu corte tiene que estar tapando todo tus pies, y estar cubierta y que nadie te pueda ver, ni abras tus piernas cuando te sientas”. Ahora miro a mi hija, ella muestra su cuerpo, tiene libertad sobre esto.

⁵ Faldas que utilizan las mujeres en Guatemala. Normalmente son hechas de algodón en telares de pie y son vendidas por pieza, de ahí su nombre. Los cortes se usan en diferentes formas y medidas; a veces son piezas de tela de dos a nueve metros de longitud con el que se envuelve el cuerpo a manera de falda.

Me prohibieron tocar y hablar de mi cuerpo. Y no conocía cuando me crecieron los pechos. Antes no sabía cómo tocar mi cuerpo, porque nunca lo conocí. Nunca me toqué porque me daba vergüenza y me asusté cuando menstrué. Mi mamá nunca me dijo que si me iba a bajar. Solo me sorprendí cuando me bajó. Decía: “¿qué es esto que me está pasando?” Me dio mucha vergüenza. Creo que estaba caminando cuando me bajó mi regla, me llegó a mis pies frente a la gente. Tal vez tenía doce o trece años. Lo que yo hacía era ponerme un trapo entre mis pies.

Yo lo hablaba con mis compañeras, les preguntaba y ellas decían: “tal vez así tiene que ser, pero hay que tener cuidado”. “A mí también me bajó”, decía otra, “aunque sea un trapo me amarro entre mis piernas”. Hasta que yo salí pude conocer calzones o toallitas, en la guerrilla. Pero aquí no sabía nada. Me duele todo lo que pasé, porque no tenía una vida feliz.

Yo no soy caballo, ganado o borrego para que me vendan

Pues aquí las mujeres eran chiquitas cuando se juntaban con los hombres. Me decían: “bueno, tu ya estás preparada para buscar marido, porque las mujeres solo sirven para tener marido. Trabajen luego, con el molino, barran y laven. Aprendan luego porque vas a dar de comer a tu marido”, decían. Diez u once años y ya están listas las niñas para que trabajen. Porque solo para eso sirven, por eso no se les da estudio. Las niñas de doce o trece ya tenían bebé. Yo solo escuchaba.

Tenía tres hermanas entonces, eran más grandes ellas, una era Francisca, otra Cruz y la Candelaria. Venían los hombres a ver a mis hermanas. Candelaria se escapaba y decía el hombre: “vine a ver a alguien que haga mi comida”. Mi mamá decía: “no, aquí no hay nadie”. Pero él decía: “no importa, aunque sea una niña, aunque sea pequeña de once años, porque puede crecer, no es una piedra para que no crezca. Yo mismo la voy a crecer”.

Como así hacen con las demás mujeres, nosotras nos escapábamos. Era un señor ya grande, él quería una niña. Mi hermana decía: “por favor, díganle a ese señor que no venga a buscar aquí, porque yo hasta que crezca quiero entrar a la iglesia, y aprender, y hasta allí voy a buscar marido”. Había una iglesia que hablaba que después de los 18 años podían juntarse. Eso le gustaba y ponía como excusa, quería cumplir lo que decía la iglesia para no tener a alguien. Mi mamá decía que no había mujeres, y mi hermana que se le dijera al hombre que no regrese, porque ella era capaz de pegarle, porque aquí no tienen que venir a ver. Mi mamá decía: “hay que hablar con cuidado, porque uno no sabe cómo es la gente, nos pueden matar”. Mi hermana le habló al hombre y le dijo: “no vengas más porque yo no soy grande. Yo pertenezco a una iglesia y vamos a cumplir lo que dice la iglesia y no quiero saber nada. Te puedo lastimar”. Y al fin entendió el hombre y ya no regresó. A mi me gustó porque ganamos las mujeres.

Esto es lo que pasamos antes, se obligaba a las muchachas, pagaban trescientos quetzales según la calidad de la mujer. Si estaba bien gorda tenía buen precio, pagaban quinientos o cuatrocientos, doscientos o trescientos, y los padres se ponían

felices porque algo sería su dinero. “Llévatela”, decían. Se ponían contentos de tener hijas porque era para vender, así tenían dinero. Gracias daban cuando entregaban una niña: “así voy a comer pan y voy a comprar cerveza”, decían los padres.

Mi papá vendió a mis hermanas, pero yo le decía que no me vendiera. Yo no soy caballo, ganado o borrego para que me vendan. Yo cuando quiera me voy a juntar, porque sino después nos dicen: “como yo ya pagué, entonces ya te puedo hacer lo que sea”. Eso no es lo que yo quiero.

Era todo tranquilo

Más antes, cuando yo ya me acordaba, cuando desperté y tuve memoria, no había gente que robaba. No salía mucho la gente, solo se iban a su trabajo y venían. Había miedo, no había llegado el conflicto pero ya había miedo. Los alcaldes auxiliares también decían que solo esperaban, porque primero los iban a buscar a ellos. A ver quién fuera, si los militares o la guerrilla, pero alguien los iba a ir a buscar. No pensaban como ahora piensan: “si hay ladrones esto se hará”. Antes estaban asustados. Ellos no iban ni al pueblo.

Era todo tranquilo porque la gente tenía miedo del conflicto armado.⁶ Solamente se pasaban el día sentados en la casa y en la noche se dormía. Yo sentía que nos dormíamos, amanecía y nos despertábamos, solo esperábamos que se pase el día

⁶ “Aunque históricamente se nombra como Conflicto Armado Interno, las mujeres mayas sobrevivientes de violencia sexual la nombran como guerra, porque así la vivieron, como un ataque injustificado, con intención de eliminación. Actoras de Cambio también lo nombra como guerra, reconociendo

y nos dormíamos otra vez. No es que pensábamos: “vamos a hacer tal cosa para mañana”. No caminaba mucho la gente. Solo sentados estaban esperando a ver qué les fuera a pasar en la noche, pero ahora ya está despierta la gente.

Así nada más llegaron

Cuando entró la guerrilla fue tal vez el año ochenta, yo era chiquita, yo no era grande. Estábamos en la costa, estábamos trabajando. Llegaron los guerrilleros y nos dijeron: “váyanse por los cafetales, váyanse del rancho o si no los van a matar. Nosotros nos unimos para una buena vida, dijeron, para un salario justo, por eso nos unimos. Ya venimos por los patronos, váyanse porque son campesinos, dijeron. Si se quedan, seguro los matan”. Y no veíamos la hora de irnos.

Nos vinimos de la finca y empezó el problema. Aquí no había nada cuando vinimos. Llegamos bien a la casa. Y después oímos: “ya viene la guerra. Llegó una ORPA⁷ de San Marcos”. “Saber qué significa ORPA”, dijimos nosotros. “No sabemos”, dijo mi papá. “Si vino la guerra, ¿que hacemos? No podemos hacer nada”.

Cuando vino la guerrilla llegaron a la casa, tal vez como a las

el papel de Estados Unidos, su interés geopolítico en el control del territorio Guatemalteco y por ello su intervención determinante en esta guerra”.

7 La Organización del Pueblo en Armas (ORPA) fue una organización guerrillera que en febrero de 1982 se integró a la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), coalición de cuatro grupos que impulsó la guerra popular revolucionaria y negoció y firmó los Acuerdos de Paz con el gobierno y el ejército.

ocho de la noche. Asustados quedamos nosotros. Llegaron con sus armas, sus gorros y sus chalecos. No sabíamos qué era la guerrilla. Yo arrinconada cerca de mi mamá, nos decían: “no se asusten, somos los que estamos organizando a las personas para que no las maten. Ya viene la guerra. Ahora venimos primero a organizar a las personas. Si quieren vivir tienen que juntarse con nosotros, apoyarnos. Si ustedes no saben cómo salir de la guerra, qué pantalla decir cuando vengan los soldados, nosotros venimos luego para organizarlos, para que no se los lleven así de fácil”.

Así nada más llegaron y empezaron a organizar a la gente. Le dijeron a mi papá que necesitaban un campamento en alguna montaña para comunicarse con la gente. “Queremos entrenar”, dijeron. Y mi papá les dio un lugar. Aquí había un terreno lleno de árboles. La guerrilla dijo que él organizara, que se juntara aquí la gente. “Bueno”, dijo mi papá, pero la gente ya tenía miedo.

Eran bien amables con nosotros. A veces nos regalaban de lo que tenían: “no se asusten niños, nosotros no somos soldados, no somos ejércitos de ricos, somos ejércitos de los pobres, decían. No matamos a la gente. Pero si hablan con los soldados y dicen dónde estamos, sí los vamos a matar y si no, no”. Y decíamos nosotros: “bueno”. Después, ya no teníamos miedo.

Hubo reuniones de Ixconlaj, Ical, Sacsajal, La Barranca.⁸ Los militares se dieron cuenta que mi papá era el responsable de los guerrilleros y lo buscaban porque era el mensajero. Entre ellos se ponían contraseñas. Mi papá se llamó “Héctor”. Si preguntaban por su nombre “don Marcos” entonces eran los soldados, y si era la guerrilla preguntaban por “Héctor”. Lo registraban pero nunca le encontraban nada. Se iba en los barrancos. Él solo nos decía que le demos comida a los de la guerrilla porque ellos nos van a proteger cuando venga la guerra. Nosotras teníamos chompipes⁹ o pollos, y dábamos comida a los guerrilleros, les dábamos sus caldos, les dábamos bebida.

Y empezó la guerra. Yo tenía doce años o más.

No había teléfonos antes pero como estaban bien organizados de Ical o Tixel venía uno a dar la información: “ya van los soldados, ya pasaron aquí”. Entonces se alistaban con mi papá. A nosotros ya nos empezaba a dar miedo, solo esperar la hora en que llegaran los soldados y se arreglaban y estaban listos.

No podíamos tener fuego a las seis de la tarde. Antes de las cinco comíamos y nos dormíamos temprano. Si había fuego

⁸ Aldeas del municipio de Colotenango, en la sierra Los Cuchumatanes, San Sebastián Huehuetenango.

⁹ Pavos.

pensaban que eran los de la guerrilla que estaban comiendo. Si se escuchaba una bala era porque los soldados llegaban luego y lo que buscaban era el campamento de los guerrilleros. Pero jamás los encontraron aquí con nosotros, en la montaña.

Yo en mi pensamiento me acuerdo que corría y venían los soldados

Ya no nos acordamos cómo inició la guerra, pero yo en mi pensamiento me acuerdo que corría y venían los soldados. No sé cómo corrí. Pensé que no iba a vivir. Estábamos nosotros sentaditos cuando venían, pasaban los balazos aquí cerca, nos corríamos de aquí para allá.

Como no había iglesia nos juntábamos todos en el centro de la comunidad. Era un lugar grande y toda la gente se hincaba en la tierra, en el monte. “Pedimos a dios, dijeron los catequistas, solo vamos a pedir a dios si vivimos o morimos, porque ya viene la guerra, pero ya estamos preparados”. Me recuerdo un pedazo de terreno con monte. Solo a dios pedíamos. Ya no podíamos hacer nada después.

Llegaron con nosotros; llegaron y tiraron balazos. Estábamos sentados. Pasaban las balas haciendo ruidos. “Hoy sí nos vamos a morir, dijo mi papá, hasta aquí llegamos”. Y mi mamá: “Si nosotros nos morimos, cuídense ustedes”.

Corrí solita

Yo no sentí cómo escapé. Cuando pasé un barranco pasó una bala cerca de mí. Yo caminaba parada, no se me ocurrió agacharme. Como era niña no sabía. Pasaban las balas cerca, los helicópteros. Esperando que me tiraran una bomba encima me senté cerca de un árbol, mirando. No sabía que iba a vivir. Estuve como media hora allí escondida. No me acuerdo mucho de lo demás. Corrí solita. Pasaron como dos horas. Salí despacio con mucho miedo y llorando, pero si era mi tiempo me hubieran disparado luego. Me vine como a las once. Llegué a mi casa y no había nadie. Me contaron que mi mamá había subido para llegar al centro. Pensé que se habían muerto, pero me encontré con ella. Vi que estaba viva.

Luego, al otro día, yo estaba pastoreando con mucho miedo porque casi me morí. Solo escuché una bala y corrí. Todos mis borregos se quedaron. Llegamos a la casa donde estaba mi mamá y les dijimos: “vienen los soldados otra vez, ya tiraron balas. Nosotros vimos un campamento quemándose y nos corrimos. Nosotros nos escapamos”. Y mi mamá decía: “yo aquí me voy a quedar” y se escondió. Mi papá corrió y nosotros atrás; casi cerca de los soldados pasamos. Nos escondimos en un tronco con mi hermana Candelaria, en el cafetal. Se quedaron parados viendo y se llevaron nuestros borregos. Nosotros con mucho miedo sin hablar para que no nos encontraran. Habían espinas y nosotros escondidos. Y nos fuimos a la casa otra vez. Ya me había cansado y decía: “ya no quiero”, porque ya no podía ver eso. “Ya basta, decía yo, mejor me voy”.



Nos quitaron nuestro corte

Yo me escapé sin razones si había muerto mi familia. Me fui con mi hermana Cruz, de refugiada. Estuve como tres meses. Llegué en la frontera. Habían muchos refugiados.¹⁰ Teníamos que aprender cómo eran los mexicanos. Nos quitaron nuestro corte, nos pusieron falda para que no nos miraran. Me compraron mi ropa interior. Me sentí algo feliz porque hablé y me entendieron, me pusieron pantalón y falda, vestido y mis blusas, mi jabón, mi shampoo, lo que nunca conocí antes. Me sentí bien porque me habían sacado de la guerra y me sentí tranquila.

En Comalapa llegamos y nos dieron comida. Yo lloraba por mi mamá. Me fui sola con mi hermana Cruz que se quedó en el refugio. Se murió ella después, pero creo que por tristeza. Yo no hablé con ella cuando se murió. Me había ido a trabajar en Ixcán, para la montaña. Ella se quedó en México. Tuvo sus hijos y se quedaron huérfanos. Ya hace muchos años se murió. Yo tenía un coraje, decía: “voy a matar a los militares”.

Solo en mi corazón pedía

La guerrilla nos llevó al refugio y me entrenaron a pelear. Salí herida en Ixcán. Yo no estaba contenta cuando salía

¹⁰ La CIDH concluye que durante el CAI, “el terror sin precedentes, provocado por las masacres y la devastación de aldeas enteras en el período comprendido entre 1981 y 1983, desencadenó la huida masiva de una población diversa, cuya mayoría estaba constituida por comunidades mayas..., en especial en el caso de las zonas de colonización cercanas a la frontera con México”.

a pelear contra los soldados. No sabía si iba a regresar o no. “Si me muero aquí solo dios sabe”, pero yo quería regresar otra vez a Che-Cruz, a ver a mi mamá. Yo pedía a dios cuando salía. Cuando llegaba a enfrentarme contra los soldados no me podía hincar, solo en mi corazón pedía.

En Ixcán entrenaban los que aprendían rápido. Se iban luego a luchar. Habían de todos lados: de Nebaj, Quiché, Q’anjob’al, Jacaltenango. Tuve muchas amigas que ya murieron. Dos meses nos daban, si aprendías o no, pero solo ese tiempo. Y salí herida en Pueblo Nuevo cuando mataron a dos compañeros, uno ixil de Nebaj y uno de Quiché. Eran dos hombres y decía yo: “vaya que me salvé y ellos se quedaron tirados”.

Me acuerdo que me tiraban granadas, me tiraban bombas y yo salía. Mi arma ya no servía, estaba quebrada. Poco a poco me salí, con sangre. Y todavía me siguieron por la sangre, pero yo corría lejos, lejos. Había otro lugar trinchera, donde estaba el helicóptero. Yo me fui hasta abajo y no me vieron. Yo estaba esperando, ya no aguantaba para morir cuando pasaban. Y yo con mi arma aunque no servía, lista para pelear, pero no me encontraron.

Me sentía muerta

Los compañeros me encontraron y me preguntaron, “¿qué pasó?” Yo les decía: “ya se murieron los compañeros”. “Vamos”, decían, y me llevaron cargada.

En un campamento que se llama “Jota Cola”, en una población cerca de Playa Grande, allá los doctores mexicanos me curaron. Ya no me acuerdo, como que fuera un sueño. Me llevaron en una hamaca. Quedó la cicatriz en mi pie donde me sacaron el pedazo de bala. Un mes estuve en el campamento.

Ya cuando caminaba con muletas y tenía hambre, bajaba con la población y llegaba en el campamento donde había comida, había tortillas y guineos. La comida que daban donde estaban los enfermos no alcanzaba y tenía hambre, por eso bajaba con ellos. Me daban elote, me daban yuca, de todo me daban. Y me puse gorda y fuerte, ya podía caminar. Me llevaron otra vez para pelear. Decía yo en mi pensamiento: “¿qué hago? Yo ya no quiero estar, quiero renunciar. Pero me fui y por poquito me matan, me tiraron una bomba. Cuando me tiraron la bomba cerca de mí, me quedé zonza, toda ida. Luego me desperté, pero los helicópteros y aviones pasaban cerca y escapé de allí.

Después pasaron tres años y ya no me quería salir. Ya estaba yo hallada, ya conocía los lugares y el campamento. La vida fue muy triste, comíamos raíces, eran escasos todos los alimentos. Los mexicanos llegaban a dar latas de comida, palomitas preparadas, mataban coches de monte¹¹ para comer y armadillos, y yo ya no tenía vida, era como la muerte. Me sentía muerta, sentía que en cualquier rato me mataban.

11 Jabalí.

Como a dos cuerdas del campamento

Iba a vigilar el depósito, cuidaba una cuerda¹² y me violaron allí, en la noche.

No miré quién era. Me alcanzó y me violó. Estoy segura de que era de la guerrilla porque si fuera soldado me hubiera matado. Tal vez un compañero fue, en la noche, como a dos cuerdas del campamento. Como cuidábamos para que los soldados no llegaran, eran más de dos cuerdas para vigilar. Pero me controlaron a qué hora salía. Gracias a dios grité y mordí al violador. Yo pensé que era un soldado. Tenía miedo que me matara, pero no me mataron.

Cuando regresé al campamento llorando me preguntaron qué había pasado. Yo no dije nada. Tenía mucho miedo que me mataran. Solo dije que me había asustado. Había muchas mujeres y nos quedábamos juntas. Cuando me iba a dormir yo me juntaba con otras dos compañeras con tal de no estar sola. Cada vez que yo salía me daba mucho miedo que volviera a pasar, entonces tenía mi arma lista, bajaba siempre el seguro. “Si me tocaba otra vez, yo lo mato”, ese era mi pensamiento. Pero nunca más volvió a pasar.

12 La cuerda es una unidad tradicional de la distancia equivalente a 25 varas o casi 21 metros.

Para que no se dieran cuenta que era de la montaña

Vigilaba durante una o dos horas. Cuando yo venía, iba otra a vigilar. Pero había muchos zancudos, cuando picaban cómo dolía. Yo ya no aguantaba. Renuncié, pero me llevó como un año para que me dieran libertad. Tuve que pedir autorización para salir. Me preguntaban “¿por qué te vas a ir? Yo decía: “me voy a ver a mi papá, no sé si está muerto”. Y a cada rato preguntaba y me decían: “no, según la orden del jefe hasta que diga te puedes ir”. Yo no sabía quién era el jefe. No sabíamos, no nos decían. Tenía que mandar un papel para saber, nunca se mostraba. No podía irme hasta que den la orden.

Yo decía a cada rato: “me voy a ir”. Al fin me dieron la orden y yo contenta. Me decían: “mañana te vas” y me llevaron de vuelta a México. Me llevó como un mes venir y por poquito llegué con los refugiados otra vez. No sabía cómo iba a salir, no tenía papeles. Me quitaron el pantalón, me pusieron falda. Me pintaron el pelo para que no se dieran cuenta que era de la montaña. Me decían que no me fuera a Guatemala, que había mucha guerra. Que me fuera a trabajar a Campeche o a Comitán. “No, decía yo, voy a ver a mi familia. Después voy a trabajar”. Yo estaba enferma de paludismo por los zancudos y me llevaron pastillas para darme.

Pasé a Comalapa y a Trinitaria me fui a la fiesta a bailar. Ya estaba feliz porque ya al fin iba a salir. Ya estaba con los refugiados. Estaba contenta, pero por ratitos. Me decían:

“no estés triste, gracias a dios estas viva. Nosotros somos refugiados. Vamos, hay fiesta en Trinitaria”.

Llegaron los guerrilleros de Tixel y me llevaron a la población de Ixconlaj. Estuve un año ahí. Tenía que organizar a la gente y no me dejaban ir. Fui a organizar en Santiago Chimaltenango. Macaria fue mi amiga, era de Ixconlaj, ella me ayudaba. Pasábamos revisando lugares si había soldados, y si había tres o cuatro llevábamos armas y los matábamos. Después llegábamos con los demás. No me acostumbraba, era otra comida donde estuve y era diferente. Eran hierbas amargas y tenía que comer. Pero me decían que como tenía experiencia no podía irme, que quién iba a organizar a la gente.

Una mujer que se llamaba Aura, de Ixtahuacán, era la que me daba mi trabajo de vigilar los aviones cuando pasaban. Yo no apunté la hora que pasaron los helicópteros, no ponía atención y tenía que ser rápido. Ella era estudiada, sacó básico, y me insultó: “¡pinche Susana, no vales nada!”. Ese era mi nombre. Y como estaba encabronada porque no me daban libertad, dije: “Ah si, como me tratas de pinche”, a escondidas me fui y dejé tirada el arma y el trabajo.

Así fue mi vida en la guerrilla. Luché por los campesinos y me gustó organizar a la gente, por eso me gusta ser lideresa de comunidades, porque la gente nos recibía bien, con comida nos recibía, nos mantenía bien. No tengo ningún recuerdo alegre, todo fue muy triste, hasta que después dice que se firmó la paz. No sé si se enojaron los de la guerrilla porque yo me salí a escondidas. Ya no supe más de ellos.

Bajo la ley de los soldados

En Che-Cruz seguía viniendo la guerrilla. Se quedaban acá, pero no en la casa sino en el campamento. Mataron a una muchacha de la guerrilla. Ella estuvo en el campamento allá arriba, por eso le quemaron la casa. Los soldados la agarraron y ella no les decía nada, le preguntaban: “¿dónde está el campamento?” Y ella decía: “no me acuerdo, yo no se dónde están”. Los soldados la llevaban cerca de las casas para que ella delatara dónde estaban y tenía que decir dónde comían, pero ella pensaba: “si lo digo, van a matar a toda esa gente”.

Ella no dijo nada. Decidió dar su vida por la gente y como los guerrilleros habían dicho: “si los agarran los soldados, ustedes no digan dónde están las poblaciones. Den la vida por nuestros pueblos, nuestras gentes”, ella se acordó de eso y por eso no dijo nada.

Recorrieron todo los soldados. Cuando vieron que ella no decía nada, la llevaron al centro de Tojlate, juntaron a toda la gente. La misma gente fue a buscar leña bajo la montaña y la amontonaron y decían que la iban a quemar. La gente lo hacía porque estaban bajo la ley de los soldados y si no obedecían los matan. La gente iba a buscar leña, pero cómo les daba lástima la muchacha.

La torturaban, la golpeaban, a veces la tenían amarrada, bien golpeada a la muchacha. Como ellos tenían cincho, con eso la ahorcaban. Eso me decía mi papá, él estaba allí, entre

toda la gente. Y obligaron a que la misma gente hiciera un hoyo para enterrar a esa muchacha. Saber qué profundidad tenía. La metieron parada, no la acostaron y todavía estaba viva cuando la metieron. Mi papá quería ayudarla y la gente estaba organizada pero no tenían la fuerza. “La saquemos”, decía la gente. Porque dispuestos estaban: “si la sacamos nos vamos a la montaña”. Pero otros no, porque los iban a matar como dijeron los soldados: “si la sacan, a ustedes los matamos también. Nosotros ahorita vamos a regresar, decían, vamos a dar la vuelta allá y regresamos a ver esto. Si la tocan los vamos a matar”. Y por miedo no la tocó la gente. Todavía estaba viva y echaron tierra y piedras. Lloraba la gente.

Ella era de Ixtahuacán y hace poco desenterraron sus huesos. Ella no era de acá. Cuando hicieron el salón de la comunidad encontraron las botas de la muchacha. Pero no estaba podrida su ropa, encontraron su cinturón y un laso enrollado. Sacaron su cuerpo y su ropa. Su cara ya era huesos. Mi papá y Julio conocían un árbol grande y la enterraron. Cuando vino la familia a buscarla ya la habían enterrado y la llevaron para Huehuetenango, hace como dos años.

Con miedo me vine

Me vine de Tixel a escondidas. Con miedo me vine. Me prestaron un corte, zapatos de hule y dejé tirado el trabajo. Cuando yo regresé no estaba todo el mundo, solo encontré a mi mamá, mi papá y un hermano, José. No era como estar



feliz, no era un regreso a la tranquilidad. Ya la guerra estaba, todo era triste. Cuando los comisionados o los patrulleros venían a vigilar la casa, mi familia no se mantenía en la casa, iban a dormir en el monte. En la noche salían y regresaban en el día solo para hacer sus trabajos, comían y se iban de nuevo. Si hubieran estado en las noches los hubieran matado. Nunca los encontraron.

El comandante de la zona era un patrullero de aquí, de Sacsajal, del centro de la comunidad de La Barranca. A él lo mataron. La gente estaba contenta cuando lo mataron. Contentos estaban y daban gracias a dios porque él había denunciado a la gente, él era el que mandaba a los patrulleros para que agarraran a la gente, la amarraban y le echaban agua y todo lo que hacían. Por eso la gente no podía ver a ese comandante de los patrulleros.

De regreso a la casa estaban unas personas que no se llevaban bien con mi papá, pero yo era una mujer con fuerza. Subí. Estaban trabajando en el cafetal con azadón y les dije “adiós”. Pero yo había cambiado mucho. Cuando me miraron pasar vinieron luego a vigilar mi casa. Ellos eran patrulleros, me controlaban si yo era guerrillera. En Tojlate había muchos patrulleros. Me decía mi papá: “no te vayas otra vez”, y yo me escondía de los patrulleros en mi casa. Yo ya estaba cansada. No me sentía bien encerrada. Pasaba la gente mirando y si estaba, yo no me mostraba.

Mi pantalla era

Me fui a la finca un 15 de septiembre. Mi papá se fue conmigo, mi hermano y otros. Yo le decía a mi papá: “no quiero trabajar en cafetales, mejor me voy a ir otra vez”. Y me dijo: “no te vayas, tu mamá esta triste y enferma”. Me decía que no me fuera, que buscara mi marido, y esa iba a ser la pantalla para regresar a la comunidad: “sino te van a matar, decía mi papá, porque la gente anda diciendo que fuiste a la guerrilla. Pero ahora ya se calmó, se murió el comandante. Es otro ahora, Don Arturo. Ahora busca tu marido, me dijo, para tu pantalla, para entrar a la comunidad”. Yo no quería marido, pero tenía que buscarlo obligada porque así podía regresar a la casa. Mi pantalla era, que yo fui a trabajar en la ciudad de cocinera y que había encontrado mi marido por Tapachula.

“¿Dónde fuiste?” me decían. “Yo fui a trabajar”. “¿Y no estabas cuando pasó la guerra?” Y yo decía que me fui antes. “Ay dios, aquí sufrimos nosotros mucho. ¡Vaya que usted salió! A nuestros hijos y nietos los mataron y tuvimos que dormir juntos porque teníamos miedo”. Pero solo era una pantalla, que fui a trabajar de cocinera. Unas personas me creían que fui a trabajar y otras no.

No quería un marido de aquí mismo porque me iban a decir que soy guerrillera. “Mejor busco un marido de lejos”, decía yo. En la finca encontré a Julio, mi esposo. Pero era para disimular, una pantalla. Él vivía allí, en Tapachula, iba

con su mamá y salieron por la guerra. Cuando oyeron que estaban matando a la gente en La Reforma, en San Marcos, mejor no regresaron. Ella le decía: “vamos m’hijo, porque aquí están matando mucho guerrilleros, mejor vamos”. Y la mamá se corrió con ellos. Él dice que oyó de la guerra, pero en la finca no había.

Cuando yo llegué, la mamá me habló. Me dijo: “hola, ¿cómo está?” Yo no le conté nada. Me preguntaban cómo te llamas, yo les decía que me llamaba María. “Estas bonita, decía mi suegra, quédate para mi nuera”. “Yo no quiero tener marido, quiero salir adelante en Campeche, decía yo, no quiero buscar marido”.

Cuando yo hablé con Julio él estaba trabajando en Tapachula. No sé cómo, si le contó su mamá de mí, o me cayó bien, no sé. Me habló y me decía: “voy a hablar con tu papá”. Yo le decía que no. “Voy hablar”, dijo, y fue: “yo quiero mucho a su hija, quiero que se quede aquí para que sea mi mujer y no se vaya, que se quede aquí” dijo. “Ah, no, dijo mi papá, ella no se queda aquí, ella se tiene que ir”. Y él se quedó pensando.

Mi pensamiento era no juntarme, porque según yo sabía cómo eran los hombres. “No quiero tener marido, mejor me voy a ir”, pensaba. Estaba segura que si me juntaba con un hombre tendría una vida muy mala, porque si no tuviera mi marido no sé cómo me hubiera ido. Decía que no quería quedarme con alguien de la comunidad porque me iba a tratar mal. A veces estaba emocionada porque Julio no era de aquí y me podía entender y sacar de esa cultura, pero

me dijo: “ahora debes quitarte el traje porque aquí, en la finca, discriminan mucho”, así como te dice mi mamá. Las mujeres usaban falda, y empecé a usar falda. Me decían que no tuviera vergüenza porque se mira mal si usas corte. Yo sentía muy feo, como que no tuviera ropa. Y empecé a usar faldas arriba de la rodilla. Cuando pude entender que eso querían, entonces usé falda y me acostumbré. Pero dije: “aquí voy a usar falda, cuando me vaya a la comunidad usaré mi corte”. Porque en la comunidad, no puedes usar falda, dicen que quiero mostrar mis piernas: “saber qué quiere”, dicen los hombres y hablan mucho.

Al fin le dije a Julio: “bueno, si usted me quiere, entonces vamos a mi casa”. “Está bien, dijo él, quiero conocer la casa”, y nos vinimos. Cuando él llegó aquí, la gente lo acusó de que era de la guerrilla. Nos fuimos como un año a Tapachula. Después regresamos y poco a poco la gente lo conoció.

Como quedó herido mi pie, quedó un pedazo de hierro y a veces le salía materia, poco a poco salía, yo lo escondía y él me preguntaba: “¿Qué tenés?” Y yo le decía: “la verdad, no quiero decirte que yo fui herida, que ya mero me mataban los soldados”. Él me empezó a quitar los pedazos que se caían de mi herida. Brillaban los pedazos. Creo que eran de la granada que me cayó en mi pie. Eso se quedó y poco a poco salía. Tenía materia y dolía. El me decía: “¿por qué no me habías contado antes? No me hubiera juntado contigo”. Yo no se lo conté antes, hasta que tenía un año de estar con él, porque me dio vergüenza. Le conté y poco a poco él entendió.

Entonces le hice caso

Cuando estuve en la montaña había compañeros, así les decíamos, que eran guapos y tal vez yo les gustaba. Yo tenía un pensamiento, en la iglesia nos decían que donde sea que estemos si a dios llevamos en el corazón, aunque sea en la montaña o barranco, no hay que hacer cosas malas. Esa idea tenía yo en la cabeza, que cuando alguien me hablara era para casarme de una vez, y si me junto ahora en la guerra me puedo morir. Mi amiga decía: “si buscas marido ahora puedes morir porque dos de las compañeras buscaron marido y están muertas. Porque ahora en la guerra no es un buen momento para tener marido”. Ya era una anciana la que me lo contó, era de Ixtahuacán, y di las gracias porque me dijo esto. Entonces le hice caso.

Yo tenía una amiga de Ixconlaj, era muy bonita. Ella me dijo que era del sur, no me acuerdo de qué campamento. Buscó marido y murió. Por eso no pensaba en marido. Sí tuve la emoción de tener novio, pero era el miedo el que no me dejaba hacerlo.

Yo no sabía las cosas, me asusté cuando vi un condón. Agarré eso y no sabía. Como en la guerrilla hacíamos aseo, me tocó el turno, lo vi y lo toqué. No sabía de la planificación que las de la guerrilla tenían con sus novios. Me decían: “eso usan las compañeras con sus novios”, y lo tiré luego. Como ellos lo dejaban tirado donde sea, no lo escondían ni un poco.

Y después nos dieron enseñanzas. Había quien daba capacitaciones en el campamento. Un doctor de México, ya no me recuerdo cómo se llamaba, que nos daba capacitaciones sobre planificación nos decía que no quería que nos embarzáramos en la montaña porque dónde íbamos a meter el bebé con la guerra. Entonces daba gracias por las palabras, porque con un bebé era difícil, no hay quién te ayude con tu bebé. Entonces puse mucha atención, si encontraba marido iba a planificar, si no, no. Ese era mi pensamiento.

Mi amiga Norma me dijo: “si quieres, yo utilizo esto. Si tienes novio lo puedes usar”, y me mostró una rueda de condón. Y yo le dije: “deme una para ver”. Entonces lo toqué y apreté. Me dio risa porque se sentía como un gusano. Y me dije: “lo voy a guardar porque si un día encuentro marido eso es lo que voy a usar para no tener hijos”. Yo lo escondía y lo andaba siempre. Lo guardé como regalo para la primera vez. Cuando me junté con Julio le conté lo que el doctor nos había explicado. Entonces le dije: “si te gustaría lo podemos tener y usar para planificar para que no tenemos hijos, porque ya eres mi pareja”. Me dijo: “¿por qué tienes esto? Tal vez ya estuviste con alguien”. Le dije que nunca lo había usado, porque no tuve una vida tranquila. “Y si no me quieres, voy a buscar otro camino, si piensas eso de mí, si no estás de acuerdo, no tengo hijos”.

A mí no me vendieron para que yo siga

Cuando nosotros nos juntamos, Julio no dijo que nos veníamos de una vez a Che-Cruz, solo dijo que venía a visitar. Su mamá dijo que se iba a quedar allí mismo, en la finca de Tapachula. Entonces la trajimos a visitarnos, a conocer la casa y a ver a su hijo.

Primero ella me hablaba para ser su nuera, para que me quedara y yo no quería. Después, ella ya no estaba de acuerdo con nuestra relación, tuvimos muchos problemas y yo le decía a Julio: “si tu mamá no quiere que esté contigo, mejor nos separamos. Además, no estamos casados y podemos hacer lo que querramos. A mí no me vendieron para que yo siga. Quédate, búscate a una buena mujer igual que tú”. Porque ella me decía indígena chamarruda y le decía a Julio, “¿Te vas a ir con esa idiota?”. Pues yo entendía que porque usábamos corte y huipil, que creen que con eso nos tapamos. Por eso nos dicen chamarrudas, que quiere decir que una se tapa mucho. Como que se molestó ella de que nos vengamos a la comunidad. Su mamá quería que yo me quedara allá, en la finca. Y le decía a Julio: “¿cómo te volviste como ellos? Ya no eres ladino, te volviste chamarrudo”. Ella no estaba de acuerdo porque yo era indígena. Decía: “hubieras buscado una mujer estudiada, maestra, buena y no estuvieras aquí en esta aldea, estuvieras en la ciudad, decía ella, una mujer ladina, porque las indígenas no son tu suerte”.

Cuando nació Elsa, mi hija, decía: “Uy, ahora salió una mujer muy clara”. Le tenía mucha envidia y se enojaba: “a pesar de ser indiotita su mamá, nació bien blanquita su hija”. Julio le decía: “mira mamá, no hables mal de mi hija y de mi mujer, porque es mi gana y gusto estar con ella, no metas problemas en mi familia, estoy bien”. Y ella contestaba: “si es así, entonces vete con ellos y no vengas más. Mejor váyanse”.

Cuando Julio vino a Che-Cruz mis hermanos lo recibieron bien, lo respetaban mucho. Como él era trabajador, mi papá se puso feliz. Él no sabía comer hierba. Ya después se acostumbró a comer como nosotros comíamos. Él no sabía comer elote, ni güisquiles, ni chilacayote. No sabía comer hierbas y solo comía huevos, carnes bien hechas. Ahora sabe comer elote, come tres platos de atol de elote y ayote, pero le costó mucho.

La comunidad sí hablaba: “cómo vino este ladino. Saber de dónde vino. Tal vez son ladinos que discriminan, por eso vino a ver aquí”. Pues, criticaba la gente, decía: “bueno, la Andrea Ladina”. Como “ladino” en mi idioma se dice “mo’s”, entonces me decían muchos apodos. Todavía sigue con mis hijos y mi hija, “las ladinás o ladinos”. Ellos se enojaban y yo les decía que no se enojaran, que se pusieran felices. Pero ellos no aguantan. Como existen unos animalitos, los ronrones¹³ que se llaman “mox” en mi idioma, así les ponían, y a mis hijos no les gustaba. Hubo mucha discriminación de parte de la gente. Mis hijos fueron entendiendo que era bueno ser indígena y ladino al mismo tiempo.

No pude entrar en el temascal

Cuando tuvimos el primer hijo no sabíamos qué iba a pasar. Tal vez pensamos que así pasaban los días, como que no va a nacer, como que nunca van a pasar los nueve meses y nunca va a doler. Solo sentí cuando ya no menstruaba y ya estaba embarazada. Me daba tristeza y miedo. La gente contaba: “ay dios, ahora ya estas embarazada. Ahora que nazca, a ver si vives; porque también podemos morir”. A mí me daba mucho miedo. “¿Pero cómo nacen los niños?”, decía yo.

Cuando me dieron los dolores, me dolía todo el cuerpo, me revolcaba en la cama. Era un dolor muy intenso, pero no sabía cómo iba a nacer mi bebé. Vino una comadrona que ahora ya falleció y me dijo: “no te levantes. Yo voy a recibir capacitaciones con los doctores. Las ladinás tienen así a sus bebés, acostadas. Abre tus piernas. Así va a nacer, y con tus fuerzas”. ¡Ay dios, pero yo no podía! Cuando me daban los dolores me revolcaba, y ella decía que no hiciera eso: “¡que va a morir tu bebé en tu estómago!”; pero yo no aguantaba. Cuando me daban los dolores otra vez, daba un brinco y ella decía que no podía nacer así. Duré tres días con los dolores hasta que me alivié porque mi comadrona nunca me levantó a caminar. Vino una mujer de lejos y me dijo: “¿por qué te acuestas? Tienes que caminar para que tu bebé se prepare para nacer”. Aunque yo daba fuerzas, no podía, hasta que me levantó la señora, puso un lazo, como un columpio para detenerme. Cuando me levanté, sentí que algo se me reventó y al poquito tiempo nació mi bebé.

Tampoco sabía que era solo el bebé que iba a nacer. Decía la comadrona que faltaba otro. Y yo preguntaba qué era otro. Me toqué la vagina y sentí que faltaba algo, y si no salía yo iba a morir. Me dieron un puño de sal y no pasaba de mi garganta. Ya no tenía fuerzas para nada. Comí sal, puse mis fuerzas y salió la placenta. Me hicieron masaje duro para que se desprendiera. Luego, me dio una gran calentura, ya no tenía fuerzas, me desmayaba. No me interesé por mi bebé, ya no pensaba en ella, solo me sentía mal. Ya no me acuerdo si la revisaron.

No pude entrar en el temascal porque no tenía fuerzas. Dos días quedé en cama. Entraba al temascal solo para bañarme. Estaba muy débil, me pusieron una inyección para el dolor y no pude entrar en el fuego. Así es la costumbre, se prende fuego y las mujeres entran a bañarse, pero por la fiebre que tenía no pude. Solo mi bebé entró en el temascal.

Cuando cumplí veinte días, sentía que cuando andaba mis huesos habían quedado muy abiertos. Lo que yo hice fue meter una piedra en el fuego, ponía un trapo alrededor y sentía caliente. Me lo ponía con mis propias manos sobre mi matriz y empujaba hacia arriba. Sentía que cuando caminaba bajaba algo por mi vagina. Escuché que las mujeres en cuanto nacen su bebé ponen esa piedra en su vientre, pero yo no. Como me dolía mucho y sentía que tenía muy hinchado, me puse como cinco días así la piedra sobre el vientre. Hasta después entró el calor en mi parte y se me mejoró.

Como cuarenta días después de eso nos fuimos al otro lado a trabajar. Yo me quedaba en el rancho porque no podía trabajar con mi bebé, y cuando sentí ya estaba creciendo mi bebé. Ya era diferente, era otra cada mes, crecía. El papá la cargaba y no se separaba. Él la abrazaba cuando yo hacía comida y cuando lloraba yo le daba de mamar.



Si apenas tengo una cargada y ya tengo otro en mi estómago

Ya estaba contenta con mi hija. La llevaba cargada, cortando café. Nos íbamos ocho meses y nos veníamos a ver a mi mamá, solo a dejar un poco de dinero. Pero cuando Elsa todavía no caminaba, no vi mi menstruación. A los cinco meses sentí que empezó a moverse mi barriga y me dio tristeza: “si apenas tengo una cargada y ya tengo otro en mi estómago. ¿Qué voy a hacer?”. Y luego nació Duglas. Tal vez tenía como ocho o siete meses la Elsa cuando quedé embarazada.

Cuando empezaron los dolores del parto yo ya no vivía con mi mamá, ya teníamos nuestra casita. Esta comadrona, doña Juana, me puso a caminar. Cuando empezaron los dolores me arrodillaba en el suelo y me prendía del molino. Era más doloroso para mí porque dice la gente que las mujeres duelen menos y los hombres más. Me daba mucho frío, le decía a Julio que hiciera fuego, mucho fuego, que yo ahí me quería aliviar, cerca del fuego. Y como le tengo confianza, le dije que me iba a agarrar de su cuello y que así iba a tener mi bebé. “Bueno”, me dijo.

Como a las cuatro sentía que ya iba a nacer, sentí la cabeza en mis huesos, ya no tenía fuerzas. Tenía preparada una jarrita de huevos de mis gallinas, y les decía: “si me pongo mal, eso es lo que tienen que darme. Y no me den sal como

la otra vez, porque me puedo morir solo con sal y agua”. No sé cuántos huevos me dieron, estaba arrodillada y sentía la cabecita saliendo. Eche fuerzas otra vez y cabal nació él bebé. Así, en el suelo. Solo una vez gritó y estaba inconsciente. La comadrona se despertó y fue a soplarle en la boca. Así volvió y me alegré que seguía vivo.

Que solo dos hijos íbamos a tener para darles estudio

En la finca estuvimos y mis hijos allí crecieron. Dijo él: “solo dos hijos vamos a tener. No podemos tener bastantes porque no hay comida”. Yo decía que no quería tener más, solo esos dos, para darles estudios. Así como mi mamá y mi papá no me dieron estudio, ellos sí tienen que estudiar y salir adelante. “Así vamos a hacerlo, dijo él. Igual estoy yo. A mí tampoco me dieron estudio porque estaba en la finca. Mejor solo dos hijos vamos a tener”. Y tuvimos un acuerdo con él.

A los cinco años entraron a la escuela. El Duglas tenía cuatro años y se llevaban de la mano. Como no había dinero, me levantaba temprano para hacerles su comida, para que no tuvieran hambre. Comían, arreglaba a la Elsa, los arreglaba, yo hasta después comía.

Como en la finca nos manteníamos, Elsa solo en castellano aprendió a hablar. Hasta cuando tenía once o doce aprendió mam. Le costó mucho. No podía hablarles en mam porque no iban a contestar. El papá decía que después iban

a hablar. En la escuela no aprendió hasta que le dieron un libro en el Instituto Maya Mam. Solo como mexicana hablaba. Decían los maestros que era mexicana pero ella les explicaba. La gente decía, le hablaba, y ella no podía responder. Me preguntaban por qué y yo les decía que no aprendieron. Era un problema, como que fueran mudos, y les empecé a hablar en mam. El niño aprendió luego, pero ella se tardó mucho en aprender. Y hablaban español y mam. Los llevamos un año en la capital, después quedé embarazada de Cesar y nos venimos acá.

Para que salgan adelante mis hijos

A la capital fuimos a trabajar. Me pagaban 600 quetzales haciendo limpieza, me daban mucho trabajo y lo querían todo rápido. Antes de hacer algo me ponían a hacer más. No solo me pagaban poco y me mandaba la mujer, no me gustaba y no alcanzaba a hacer todo. Después de dos meses pensé: “haré mi negocio propio, para mí misma”, porque Julio no encontraba trabajo. Cuando llegué la primera vez me dio vergüenza porque nunca había vendido en la calle. Empecé vendiendo fruta. Pero no me salía, había mucha competencia. Iba a las pasarelas a vender pero lo dejé y empecé a vender tortilla. Entonces empecé. Compraba leña, ponía mi comal de barro y mi plancha, porque eso era lo que le gustaba a la gente, que no fuera con gas, y así vendía.

Cuando encontré mi dinero, fui a comprar mi plancha de gas, era un poquito más fácil. En la tarde llegaba mi hija. Era muy chiquita, no me acuerdo cuantos años tenía, tal vez once, y le decía: “ven a ayudarme”, porque la gente llegaba en filas, y aprendió a tortear. Antes solo se embarraba de masa y se rajaron sus manos de tanto tortear, pero ya pudo ayudarme. Hice tamales los días sábado y eso estuve dando para la escuela y para pagar la casa.

Ya no me ponía triste cuando tocaba pagar la luz, la escuela y otras cosas. Y empecé a hacer amigas. Como Julio no tenía trabajo, una amiga me ayudó, me hizo el favor y me dijo: “te puedo conectar, sé de un lugar”. Esa mujer ayudó a Julio, así encontró trabajo de seguridad. Pero era difícil también, a veces a media noche salía, o en mera tarde llegaba. A veces solo le daba tiempo para llegar a comer. Y pensaba yo: “¿acaso es así? A mí me da miedo estar aquí sola”. A veces había hombres que se mantenían del otro lado del portón. Pero así es, decía yo, para que salgan adelante mis hijos. Si estoy en mi casa, en la comunidad, no tengo dinero. Estando aquí se siente feo pero puedo poner algún negocio y así vender.

Mi fuerza y sus herencias

Dicen que cuando hablamos con las hijas, ellas entienden. Yo le decía: “serás maestra o licenciada”. Eso le decía cuando era chiquita y así ella se lo metió en la cabeza y así

fue. Así le digo a mi nieta, que ella irá a estudiar, que será alguien en la vida, que no siempre debe buscar marido.

Estuve feliz cuando Elsa terminó sexto. Hicieron un almuerzo en la clausura, pero teníamos necesidades y no pudimos estar. Nos fuimos a la finca porque por ellos estábamos allí. Solo mi papá se quedó a recibir el diploma.

Luego pensé que qué iba a hacer para que siguiera estudiando, pero el papá decía: “no hay dinero, no va a ir a estudiar”. Cuando me decía eso yo me sentía muy triste. Tiene diploma y no va a seguir. Pues, él pensaba que fuera a la finca, a trabajar. Y yo decía: “buscaré el modo”. Puedo trabajar en la finca, pensaba, así va a estudiar mi hija. Yo iré a la finca a trabajar duro, cortando café, y así saldrá adelante. O vendía mi terreno, eso era mi fuerza y sus herencias. Al fin él dijo que vaya. Pero no tenía ropa, solo ropita viejita, ni zapatos, no tenía buen uniforme.

Mientras él trabajaba el cafetal, eso mismo daba para sus estudios. Pedimos prestado mientras, cuando se vendía el café, se pagaba. Así pagamos sus estudios y no tuvimos que vender el terreno. Cuando salían de vacaciones íbamos a la finca y regresábamos cuando ya empezaban las clases. Y así poquito a poquito lo conseguimos. Elsa también sufrió, a veces no alcanzaba el dinero y lloraba. Cuando ella lloraba yo lloraba. Corría a pedir prestado. Vendí mis cortes, usé los más baratos y los más bonitos y caros los vendí. Me dolió, lloré. Cuando necesitaba pensaba en vender mi terreno. La



gente decía: “como querías a tus hijos estudiando, ahora esto es lo que pasa”. Derramé muchas lágrimas para llegar hasta aquí. Comí sal, pero ahora sabiendo que ella es graduada, que está trabajando y me ayuda, ya no tengo que ir a la finca, ya me levanto tranquila. Es muy alegre para mí que mi hija esté graduada. De tantos sufrimientos que pasé, este es el fruto.

Se juntó la enfermedad

Cuando Elsa nació estaba bien, pero cuando la cargaban y salía en la calle, empezaba con mucho llanto. Tal vez era ojo,¹⁴ o se enfermó. Lloraba mucho. Intenté curarla, hacía de todo, iba con comadronas, hasta que miré que nunca se curaba. Después de un mes la llevé al doctor y dijo que era porque a mí me pasaron cosas, por tristeza o susto. Me dijo el doctor: “tienes mucho enojo en tu corazón”, y me preguntó qué me había pasado. Como no podía contar, yo le decía que estaba tranquila. “Todo eso que tú tienes le está afectando a tu bebé. Lo mismo heredó, lo que tú tienes”. Eso me dolió. Solo por dentro sabía lo que me pasó, que todo esto era por lo que pasé con mi papá y por la violación. “Pero no te preocupes por tu bebé, qué bueno

14 Según la creencia popular, una persona puede echar mal de ojo cuando tiene la capacidad de producir daño, desgracias, enfermedades e incluso llegar a provocar la muerte a otra solo con mirarla.

que la trajiste. Aquí la vamos a curar y tú también tienes que cuidarte”. Me dieron vitaminas, no sé qué clase de medicina era. Me dijeron que la tomara. Así se tranquilizó y se curó.

Yo también tomaba las medicinas que me dieron. Creo que por tanto susto y por tristeza yo me enfermé bien grave. Y por mis hijos me puse delgadita, ya no tenía vida. Se juntó la enfermedad y me arrepentí de tener hijos. Pensaba que si no me hubiera juntado y tenido hijos, tuviera otra vida, mejor. Me enfermaba mucho, tenía muchas molestias en mi cuerpo. Tenía una infección vaginal desde antes. Tenía mucho flujo blanco y se sentía muy incómodo. Sentía como que no quería estar con Julio. Daba gracias cuando no se me acercaba.

Yo quería hablar pero no sabía cómo entrar en la organización para contar esas cosas, todo lo que había pasado. Sentía mucha tristeza. Me guardaba todo eso que yo tenía. Yo quería aprender más, leer, aprender mucho. Quería participar pero Julio no me dejaba salir. Me decía que por los niños ya no podía y me enfermaba. Ya no salía, solo a la finca iba. Esa vida no me daba tiempo: solo cuidar niños, echar tortillas, bañar hijos. Me arrepentía y decía: “si yo no tuviera marido, estuviera yo sin hijos”. Eso me lo decía a mi misma, nunca le conté a mi mamá ni a mi papá, solo yo misma pensaba: “ahora no puedo salir, no puedo buscar grupos de mujeres. Solo encerrada en la casa estoy”.

Me di cuenta que no era sólo yo

Me puse contenta cuando se firmó la paz (1996), allí es donde empezaron las organizaciones, entré poco a poco. No sé si yo misma pregunté o me contaron dónde hay organizaciones. “Vamos”, le dije a doña Nati, “vamos ahora que acabó la guerra”. Solo con ella contaba, no tenía confianza con las demás gentes. Nos juntamos y allí encontré a las mujeres a donde llevar y contar eso que me había pasado. Así busqué libertad para salir.

Yo pensaba que era solo a mí que me había pasado eso, pero hay muchas mujeres igual que yo. Me puse contenta cuando me di cuenta que no estaba sola. Como no sabía y las compañeras lo escondían en su cuerpo, ya cuando lo sacaron me di cuenta que no era solo yo. Yo pensaba que era culpable, porque me fui, pero no. Me castigaba, pero al fin me di cuenta que varias mujeres llevaban su pasado. Decía la gente que eran pecados que estábamos pagando, pero no fue así. Después reaccioné. Era el gobierno, la ley de la tierra, los soldados que violan a las mujeres, matan los niños, torturan a los hombres. Eso fue obra de la ley del gobierno. La gente dice que así da dios, pero dios no permite eso. Quien mandó la guerra fue el gobierno. Eso pensaba yo. Dios no fue, él no hace estas cosas. Me di cuenta que una no es culpable de lo que pasa. Nos sacan de nuestras aldeas, de nuestras casas. No quiere uno dormir en el monte, afuera, ¿qué necesidad tiene uno de aguantar zancudos? Mi mamá sacaba el nailon, lo ponía

debajo y así dormíamos en el monte. No pensábamos si habían culebras o animales. Cuando uno está bien, así como ahorita, tal vez uno piensa que hay animales. Pero en la guerra no pensamos, está uno dispuesto si muere o vive. Hay gente que los quemaron vivos.

Cuando yo entré en los grupos de Actoras de Cambio se quedó un alivio. Antes yo cargaba estas cosas, como una carga que yo llevaba siempre. Estaba muy delgada y me enfermaba mucho. Solo me miraba la gente, pero no sabía lo que yo llevaba por dentro. No hablaba cuando entré, como que no tenía fuerza mi voz o no quería hablar. Sentía como un nudo o algo que tapaba mi garganta. No tenía ganas de nada. Por todo eso que pasé fue que no pude hablar. Ya cuando conocí pude ser una nueva mujer fuerte. Sentí que poco a poco dejé la carga cuando vi a otras mujeres. Nos llevaban a aliviarnos, nos hablaban y nos curaron. A algunas nos dieron tratamientos, nos llevaron a exámenes para la infección, a un baño en Zunil para curarnos con ruda y a temascales. Así se me quitó el miedo. Después sentí como una luz, se despejó mi mente, ya en tranquilidad y felicidad. Pero poco a poquito se me quitó eso, con muchas cosas que tuve que pasar.

Ya después quería participar, quería aprender mucho. Era una tranquilidad que empecé a sentir y dejé las enfermedades. Pude hablar. Cuando me preguntaban yo respondía, ya no tenía miedo, ya no me dolía. Todo lo que me afectó el trabajo que hicieron los soldados, como que lo



dejé en un lugar. Antes yo no bailaba, no hablaba, no hacía ejercicio, ni reía. Ahora tengo muchas ganas de hablar, estoy feliz, muy feliz.

Fueron las fuerzas grandes para mí

Antes tenía mucha vergüenza, temblaba cuando tenía que hablar. Pero ahora ya no me da miedo. En los grupos de mujeres aprendí. Organicé a las mujeres de Che-Cruz. Ellas preguntaban de qué se trataba, yo hablaba claro con ellas, que no eran proyectos, que era curar lo que nos dejó la guerra. Y venían las mujeres. Preguntaban cómo entrar al grupo, tenían miedo, como que era algo malo. Así era antes, como con miedo, a escondidas. No decíamos a dónde íbamos porque antes nadie sabía lo que hacíamos. Hasta que al fin se dio a conocer nuestro trabajo y ahora no nos escondemos.

Cuando decidimos dar a conocer que teníamos una organización de mujeres, una por una pasaba al frente para dar a conocer el grupo. Eso fue cuando se reunieron en el salón. Vinieron algunos pastores o catequistas y alcaldes comunitarios. Ahora vamos a mostrar lo que aprendimos, aunque ellos no están de acuerdo. Ahora yo entro a hablar en el salón con micrófono enfrente de muchas personas y contamos nuestras historias en la comunidad cuando organizamos los festivales.

Fue por las organizaciones de mujeres que se me quitó el miedo. Fueron las fuerzas grandes para mí. Si no hubieran organizaciones, nunca se me hubiera quitado. No fue por otras personas, ni por mí sola. Como que me dieron fuerzas y así se me quitó el miedo. Así, poco a poco se dio cuenta la gente. Pude al fin contar y me escucharon. Lo que me pasó lo cuento para que las mujeres no pasen lo mismo que yo pasé. Cuando oigo que han violado a una muchacha me duele mucho. No es lo mismo estar con alguien con todo el corazón. Antes no podíamos contar esto, en el tiempo de los soldados. Antes nadie nos preguntaba. Yo caminé para que la gente conozca esta historia, conté lo que pasamos. Lo importante es tener presente lo que pasó, porque mucha gente no cree lo que pasó. Ahora hay jóvenes que no saben lo que nos hacían los ricos, nos trataban como animales, pasamos mucho.¹⁵ Ahora estamos aquí tranquilos comiendo, pero antes pasamos mucha esclavitud, sufrimos mucho. Nos rebajamos bajo sus zapatos.

Por lo que pasó mi cuerpo

Cuando nos dijeron que iba a ver una ayuda a las víctimas de violación yo no lo pedí. Fui después. Nos hicieron un examen y así salió, en la computadora, que yo lo necesitaba. Aunque no lo conté, pero por los exámenes psicológicos se

15 “Según la CIDH “Desde la independencia proclamada en 1821, acontecimiento impulsado por las elites del país, se configuró un Estado autoritario y excluyente de las mayorías, racista en sus preceptos y en su práctica, que sirvió para proteger los intereses de los restringidos sectores privilegiados.”

dieron cuenta que tuve un daño grande. Me dijeron que si era mentira se podían dar cuenta por mi historial. Y dijeron que sí era verdad, que había sufrido violación.

Pudimos lograr el resarcimiento pero no quedé conforme. Nuestro cuerpo no tenía precio, todo lo que pasamos. A los ladinos no les costaba dar dinero. Que se nos quitaran las enfermedades, los dolores, sustos, las infecciones, nunca así se podían borrar estas cosas. Hay un raíz que nace. Como ahora, que estamos recordando, todavía nos duele esto que nos pasó y no podemos aguantar. Tiene raíz, porque fue como un recuerdo malo que nos quedó, tal vez se termine hasta que nos vamos a morir. Aunque con las sanaciones se me calmó.

Yo dije: “algo será, un poquito”. Porque yo no tenía casa, me puse contenta, di las gracias. Aunque no me curo por el dinero, pero para mi casa, una casa de adobe, de cuatro metros o varas, la mejoramos un poquito. Pude sacar a mi hija adelante con su estudio, aunque solo un cambio tenía, no tenía mucha ropa. Éramos cuatro, nuestro fuego estaba en el centro. Di las gracias, pude hacer mi casa, tal vez fue un recuerdo de lo que pasó mi cuerpo y todo lo que pasé.

La gente me criticaba, se preguntaba dónde conseguí mi casa, que tan rápido la hice. “¿De dónde vino el dinero?” Hablaban mucho, que saber en qué me metía. Nunca dije que fue por lo que pasó mi cuerpo. Esta casa es por mi cuerpo, donde iban a vivir mis hijos. Pero como ya estaba en los grupos no me importaba lo que pensarán los demás. Aprendí a no hacerles caso.

Cuando me recuperé, se preguntaban qué había tomado, cuál era mi medicina, porque ya tenía vida, porque antes era una persona que ya casi moría. “¡Saber!, decía la gente, vemos que sale a veces cada semana, siempre sale. Saber qué hace, tal vez ya tiene un amante. Pobre su marido, decía la gente, ya rebajaron al hombre, ahora ella está por encima de él”. Los hombres y mujeres hablaban mucho de mí.

Yo no pedía permiso

Antes era la costumbre que la mujer atendiera a su marido. Cuando me veían salir los hombres le decían a Julio: “ahora ya te rebajaste como hombre, porque tu mujer no se mantiene”. Él decía: “no, ella está en la casa”. “Pero no, decían, ella no se mantiene. Saber dónde está, en un hotel, saber dónde, está con otro”.

Él llegaba enojado por lo que le contaban. Le preguntaba por qué y él decía: “es que la gente anda diciendo que saber que estás haciendo, y que ahora la mujer está por encima mío”. Julio era violento y muy celoso por lo que la gente le decía, entonces a veces peleaba conmigo. “Yo voy a capacitarme y tengo mis amigas. Por lo que estoy aprendiendo te darás cuenta que voy a ser lideresa en la comunidad”, y él poco a poco entendió. Yo no pedía permiso, cuando tenía que salir me arreglaba y salía. Hay mujeres que decían que les dieran permiso y los hombres no las dejaban. Aunque él estuviera enojado yo tenía que ir. “Algún día lo va a entender”, pensaba. Y ahora entendió.

Lo que me sirvió fue que hablaba con él, y cuando yo iba a las capacitaciones me daban ideas. Si estamos peleando y golpeándonos y estamos con la ley, qué ejemplo le daremos a las mujeres, me decían. Si ellas ven que estamos haciendo así siendo lideresas de la comunidad.

Yo le decía cuando él salía que estaba bueno, pero llegaba borracho. Le decía que no se junte con esos hombres que le dicen que tome: “porque cuando estás bien no nos dices nada y cuando tomas empezas a asustarme a mí y a los niños. Y si sigues así, yo te voy a denunciar, porque me voy a enfermar de susto”. Así entendió y ahora ya no lo hace. Porque yo le dije: “no me vas a pegar, porque ni mi padre me pegó. Acaso es como si me hubiera vendido mi papá y me dijera que estoy bajo la ley del hombre, y tengo que aguantar lo que me haga, porque ya soy de él. Como si fuera la culpa de una, como le pasa a las que las venden. Pero no fue así, yo no fui vendida, yo decidí, y tuvimos hijos juntos, así que tenemos que estar sin golpes”.

Una noche Julio estaba tomado y como se vuelve loco cuando toma, nos preparamos con Elsa antes de que llegara. Como no podía aguantar la fuerza de él yo llevaba un palo, pero dije: “si lo golpeo me van a denunciar y si lo llevamos golpeado será peor”. Empezó a ser brusco y lo que hicimos fue llamar a un auxiliar y lo amarramos a un pilar de la casa. “¿Por qué me amarran?”, decía. “Es que nos podés matar, no estaba clara tu mente, nos puedes hacer algo, mejor te amarramos. Así estas tranquilo”. Y así fue. No lo soltamos hasta el siguiente día, cuando llamamos a las autoridades para que se lo llevaran. Fue unos días a la cárcel de la comunidad para que aprenda.

Ya nos conocen, saben que somos fuertes

Los hombres solo dicen: “no vas a las organizaciones, a las reuniones, solo te quedas en la casa. No puedes salir en ningún lugar ni tomar parte de una decisión”. Antes, no había organizaciones de mujeres para poder frenar esto. Pero ahora las mujeres conocen su valor, ya no es igual que antes. Las mujeres nos cuentan en los grupos todo lo que pasaban con sus maridos, con los ricos, o en las camionetas, cuando las discriminaban y les dicen “María” y ellas no se llamaban así. Cuando entraban en las camionetas y las golpeaban. Como no conocían, no se defendían, no tenían una organización. Pero ahora ya cambió, ahora nos dan nuestro lugar y nos respetan. Ya nos conocen, saben que somos fuertes. Eso es lo que yo me digo, que yo soy fuerte, que valgo mucho a pesar de lo que pasé. A mí se me quitó el miedo. Ahora me conocen, me dan cargos porque tengo conocimiento. Les digo que hay muchas mujeres que tienen conocimientos también, y que se les de la oportunidad. Hay algunas que sí saben que valen y otras que todavía no saben. Me decían las mujeres que yo quedara de lideresa, y yo les decía: “queden ustedes, participen, no se quiten la fuerza que tienen. No solo yo voy a hacerlo, ustedes valen. Yo ya pude, ahora les toca a ustedes, para nuestros proyectos, para el bienestar en la comunidad”. Se dio la libertad a las mujeres para que fueran a ser parte de algo. Ahora todas tenemos que participar.

Porque ahora la ley es fuerza

Cuando nos mostramos vinieron las mujeres y empezaron a contar, porque ya nos conocieron: “esto es lo que pasamos”, decían. Y nosotras pedíamos que hablaran, les decíamos que existen leyes, porque si nos aguantamos no está bien. Hablamos para que se den cuenta que hay ayuda, para que podamos parar la violación sexual. Entonces, las mujeres empezaron a creer. A veces les daba miedo acercarse a nosotras. No se animaban a contar, tal vez ocultaban algo, querían hablarlo pero no se animaban. Yo les digo: “si pasa algo, a sus hijas o a alguien, no lo dejen así. Ahora hay leyes contra los violadores”. No como antes que pasaba algo, entraban al temascal y así se quedaba, porque ahora la ley es fuerza. Y decimos ahora que cualquier violador cae en la ley, aunque sabemos que los jueces no hacen cumplir esa ley, pero nos ayuda a que sepan los hombres que sí existen leyes y que se les puede sancionar.

Cuando un hombre viola a una mujer, normalmente lo que se hace es que se pide algún dinero para poder sanarla, para poder pagar a una curandera y sanarla del susto. Pero yo siento que reparar ya no se puede. Ya no hay solución para eso, porque aunque me paguen la cantidad de dinero yo sigo sintiendo ese dolor, ese coraje. Para mí, poder reparar es hacerme mis limpias, curarme, sanar mi cuerpo. Porque aunque el hombre que hizo el daño pague la multa, al final la mujer queda igual. No cambia su vida, ni el daño, ni el dolor. Se termina el dinero y no se repara el daño.



Yo les hablo a los hombres que cuiden a sus hijos porque entre los dos los hicimos y los dos tenemos que cuidarlos, que no maltraten a sus mujeres porque yo se cómo se siente. Yo daba mi ejemplo, porque mi marido ya cambió, ya entendió. Yo no me mantengo en la casa, ya es diferente. Él lava platos, barre la casa, entonces yo salgo y él me ayuda. Y también yo ayudo a mi pareja, en el campo, en los cafetales. Así pudimos cambiar.

Ya voy a decir

Después de la firma de la paz llegaron unas cartas con las autoridades de la comunidad en la que se les decía que ellos tienen que hacer lo que tienen que hacer, que tienen que cumplir con la ley. Ahora ya están entendiendo un poquito más sobre la comunidad. Igual los COCODES,¹⁶ se les dice que la mujer vale mucho pero no lo hacen cumplir. Se les dice según los artículos que existen, pues nada hacen. Cuando hay una mujer violada dicen: “ella lo buscó en la calle. Así lo quiso, se ofreció. Porque estaba caminando, porque solo está andando alguien que está buscando hombre”.

Pero ahora les está dando miedo a los violadores, porque si pasa algo ya están las organizaciones. Yo siento que la gente tiene miedo porque hay organizaciones de mujeres.

16 “Consejos Comunitarios de Desarrollo Urbano y Rural” pertenecientes al Sistema Nacional de Consejos de Desarrollo de Guatemala, entidad que reúne a representantes de los distintos sectores de la población.

Los hombres sienten que los podemos denunciar, como que están escuchando que tenemos un grupo de mujeres y dicen: “como son muchas nos pueden agarrar”. En otras comunidades no es así, porque no hay grupos, no hay organizaciones. La gente no se junta si le pasa algo a alguna muchacha, no saben a dónde ir. Ya con una organización dice una: “ya voy a decir, ya voy a contar”.

Una tarde estábamos en el taller de mujeres y vino la mamá de una niña a la reunión. Dijo que el día anterior la niña fue violada en el camino a la escuela. Como había comunicación con los alcaldes los llamamos y apenas nos dieron una oportunidad. Don Marcelino Hernández dijo que no era cierto: “¿acaso lo vieron? ¿Acaso tienen alguna prueba?” Él no escuchó las palabras de la niña, solo al hombre le creyeron. “¿Acaso tienen pruebas si de verdad fue violada o ella lo quiso? Ella tiene la culpa porque estaba sola en el camino”.

No escucharon a la niña porque ella estaba temblando por miedo, por vergüenza. No podía hablar. Ellos ya no le hicieron caso. El alcalde no estaba haciendo nada, pero Elsa le habló muy fuerte y le preguntó si él iba a arreglar el problema o no: “Si aquí no se arregla, nosotras buscaremos ley en otro lado, dijo. Si usted no hace caso, en otro lado nos harán caso”. Solo así pudimos hablar. Algunos alcaldes son así, cuando no quieren no lo hacen. En ese mismo momento se convocó a una asamblea comunitaria para el día siguiente. Ellos mismos la convocaron pero por toda la fuerza de las que ahí estaban, de las mujeres.

Al siguiente día solo Josefa, Elsa y yo hablamos. Todo estaba muy a favor del hombre. Me di cuenta de eso. Su mamá del violador se vino, se enojó conmigo y me dijo muchas cosas: “¿usted qué tiene que ver? ¿Qué tiene que venir a hacer aquí si no es su hija?” Yo le dije que la niña está en nuestro grupo y que nosotras estamos para apoyarla: “Si tu hija fuera, nosotras también te podríamos apoyar, si nos lo pides. Pero tu hijo fue el agresor que quería violar a la niña. Aunque te enojas, nosotras estamos apoyando a la compañera.” Y pasaron muchos días, muchos años y no me hablaba, solo me miraba. Se enojó porque hablamos, porque sino todas las autoridades lo apoyaban él. Ahora apenas me habla, hasta después de mucho tiempo.

La niña se presentó a la asamblea y dijo: “me di cuenta, se bajó el zipper y se quitó el pantalón. Solo porque mordí el brazo de él, por eso me soltó y me escapé”. Las autoridades nada más se rieron y le dijeron: “si hubieras mordido duro y le hubieras quitado el brazo, te hubieras ido a la cárcel”. Ellos se burlaron, todos los hombres que estaban allí. Nada más se reían y decían: “tal vez ni siquiera sabías lo que te iba a hacer. Tal vez no era una violación. Tal vez tú misma tienes la culpa porque te paraste a hablar con él”.

Lo que pedíamos era que se publique enfrente de toda la gente que ese hombre era un violador. Para eso se convocó la asamblea. Eso es lo que queríamos. Y después de muchas pláticas entre las mujeres lo que queríamos también era algo para curar a la niña. Ella se asustó, a ella ya le había pasado algo, queríamos que ese hombre ponga algo

para poder curarla. Pero le dio miedo a la mamá, porque no estaba su papa de la niña. Y luego dijo: “mejor no se preocupen, yo voy a curar a mi hija. Lo único que quiero es que se aclare que ese tipo es un violador. Para que otras niñas lo vean”. Llegó mucha gente a esta reunión y se dio cuenta la gente. Quizás por eso ya no ha habido violación.

Queremos hacer un cambio aquí

Hubo otra vez que apoyamos a la hija de una compañera, Teresa. Su esposo le pegaba y la encerraba en su casa. Fuimos con Elsa, Josefa, Hermenegilda y Magdalena. Llegamos con las autoridades y allí nos trataron bien feo. Lo primero que nos dijo el alcalde cuando llegamos fue que quiénes éramos nosotras, porque no podía entrar nadie más que sus familiares. Y le dije: “nosotras somos Actoras de Cambio. Somos un grupo de mujeres que también queremos hacer un cambio aquí, cambiar cómo estamos en la comunidad. Somos de una organización que también conoce las leyes.” Entonces llegó don Benito, el papá del esposo con quien Teresa tenía problemas. Él estaba en contra, era un ex comisionado militar. Estaba muy enojado. “Yo tengo leyes también, dijo, he ido con los militares. Yo he sacado cursos de la ley. Ustedes no saben. Se meten en problemas, no entienden. Ustedes las mujeres, ¿acaso tienen leyes? ¿Acaso las mujeres mandan? No tienen nada las mujeres, no sé porque los alcaldes les hacen caso, todos se van a la misma olla”, decía. Yo pensé mucho y le

contesté, choqué con él. Al otro día lo encontré que iba en un carro y me dijo: “yo sé de todas las clases de armas”. Él nada más lo decía para asustar, pero no es cierto que puede manejar armas. Entonces yo le dije: “yo también conozco las armas. Con la guerrilla he manejado ametralladoras, manejé AK-47 y M16. Yo también puedo disparar” y don Benito callado se quedó. Ya no dijo nada. Como que no hizo mucha lata. Ahora cuando lo veo me cae mal.

Al final, las autoridades de la comunidad se lavaron sus manos: “que mire el juez qué va a hacer”. Y como el juez tampoco quiso hacer nada, a Teresa la mandaron a Huehuetenango, al ministerio público. No hicieron nada con el hombre. Una semana después ya estaba con otra mujer. No hubo ni una carta. Cuando Teresa vino yo le pregunté cómo le había ido y ella me dijo: “la ley ni sirve, no hacen la ley. Ya fui a ver a todos y no hacen nada. Yo quisiera que venga la policía a llevárselo, pero no, no hay nada. Que así se quede. Mejor solo voy a pedirle a dios para que algún día lo pague. Me dedicaré al cuidando de mis hijos. Ya no tengo más plata para movilizarme”. Teresa fue con la defensoría de la mujer y no hicieron nada. En la oficina solo sentadas están esas mujeres, comiendo de nuestro dinero. No hacen la ley. El esposo dejó a la otra mujer en esa casa y se fue a Estados Unidos. Ya no vive ahí. Teresa estaba viviendo con su papá y como no tenía dinero se fue a trabajar a Tuxtla. Hace dos meses se fue y a veces viene a dejar dinero a sus hijos. Ella solita está criando tres hijos, dos varones y una mujer. Ellos están tristes. Al fin no están juntos.



Esa fuerza para decir que “no”

Esto es lo que he visto: la ley que hay con los jueces, con las autoridades, no es a favor de las mujeres. Nunca nos toman en cuenta, nunca nos escuchan. Esa ley que manejan los hombres nos elimina, nos hace menos. Nada más se ríen ellos de lo que le pasa a una. Porque la ley que ahí está, manejada por ellos, no es a nuestro favor.

Para mí la ley de mujeres es que tengamos mucha fuerza entre nosotras. Entre nosotras nos reunimos, nos escuchamos todas y escuchamos a la otra para poder empoderarnos, para poder decir las cosas. La ley de mujeres es tener esa fuerza para decir que “no”.

La ley de mujeres es empezar en nuestras casas. Decir a la pareja qué cosa no me gusta. Él no va a aguantar si yo le pego. Así como es él, así soy yo. No soy un animal para que me pegue. Si ya no quiere y no le gusta lo que hago, lo mejor es estar separados. Cada quien con su camino. La ley de mujeres es empezar con la pareja. Empezar ahí es la única forma porque no es fácil ir a cambiar a más gente. Es empezar en nuestra familia, no aceptar las cosas, decir lo que no nos gusta. No podemos quedarnos así, sin más, porque de lo contrario es que estamos aceptando. La ley de mujeres es decir las cosas.

Es la sanación, es la curación que se le puede brindar a una mujer para poder tener esa fuerza. La ley de mujeres

es justicia, es todo lo que ha hecho Actoras con mi vida. Yo he sentido esa fuerza y la orientación de lo que se puede hacer. La justicia es el grupo de mujeres. Cuando estoy en ceremonia yo pido más fuerza, porque eso es lo que tiene: poder. Siento que en ese momento me comunico con la fuerza de la tierra, del aire, del agua. En cada ceremonia siento que puedo comunicarme, puedo decir lo que quiero y lo que no quiero. Y eso es lo que me ha ayudado. Con cada ceremonia, poco a poquito me sané. Yo siento toda esa fuerza, siento que el aire me escucha, que el agua me escucha. En una ceremonia siento esa presencia de la tierra. Todo lo que hacemos es pedir a la energía mucha fuerza, conectarnos con la tierra. Porque yo antes estaba muy mal, muy enferma. Ahora, cada vez que tengo un dolor de brazo, un dolor de cabeza, me limpio con plantas, me lo tiro para atrás y me quedo sin dolor. Ahora no quiero que se pase el día, quiero seguir trabajando, porque siento esa fuerza. Actoras ha hecho justicia, ha hecho toda esta ley para mí, porque yo no era así. Ya estoy curada.

Pero yo soy libre y hablo

Antes, cuando iba por el camino, siempre temblaba. No sabíamos cómo defendernos. Me daba miedo. Pero ahora me siento con la fuerza, me puedo ir a cualquier lugar. A veces llevo una piedra, un palo y así voy caminando. Ahora ya tenemos fuerza. Ya no tengo miedo, vengo a las seis, estoy segura cuando camino. Siento que hay una fuerza

que me guía, pero por la lucha por las organizaciones. Mis hermanas me preguntan que cómo hablo enfrente de la gente, que si fueran ellas les diera miedo. Pero yo digo que yo puedo hablar y que todas podemos hacerlo, solo debemos quitar ese miedo. Porque sabemos que podemos las mujeres. Sola yo entre los hombres les digo que empiecen a dar la oportunidad a sus mismas mujeres y que se cambie ese pensamiento de antes.

Luego de participar venía la gente a hablar de mí, hombres y mujeres: “ella sale, ella habla porque es una puta, porque se cree mucho”, decía la gente. “Saber qué está haciendo ella, porque participa con los alcaldes. Tal vez todos ya pasaron por ella”. Porque la gente me critica. Lo que quieren es que yo sea muda, que yo sea débil, que no conozca. Y hay gente que también me defiende, que dice que no hablen mal de mí, que conozco bien la ley. Pero yo soy libre y hablo, no hago caso a la gente. A veces administro proyectos, tuve cincuenta mil en mis manos. La gente dice que me tragué el dinero. Yo les digo: “cuando les toque hacerlo, ustedes sabrán si no lo hice bien”. Pero solo yo sé de dónde saco mis fuerzas y estoy tranquila. Soy libre, estoy en el mejor camino, soy limpia, una buena mujer.

Y esto es justo para mí

Para mí, una vida con justicia es felicidad. Sé que siempre hay cosas, pero como yo estoy aprendiendo, y ya sé que tengo una vida mejor, me voy, no tengo miedo, ya sé las cosas. Yo puedo salir ahora, pero por la organización que me ayuda, porque las mujeres que no están en las organizaciones no tienen una vida libre. Yo sé que la organización me apoya. No me preocupo. Yo soy libre y esto es justo para mí.

Cuando volví a escuchar mi historia, me sentí triste, porque todo lo que me ha pasado ha sido muy duro para mí pero, después de escuchar todo, he visto todos los cambios que he logrado en mi vida, todo lo que he podido recuperar en mí, me siento muy poderosa.

La tristeza ya no la siento igual como antes, descubrí mi poder, el poder de mi cuerpo.

Me siento muy feliz porque puedo defenderme, puedo decir lo que pienso sin quedarme en silencio, puedo escucharme y decidir de lo que quiero hacer y hacerlo sin miedo porque ese es mi poder.

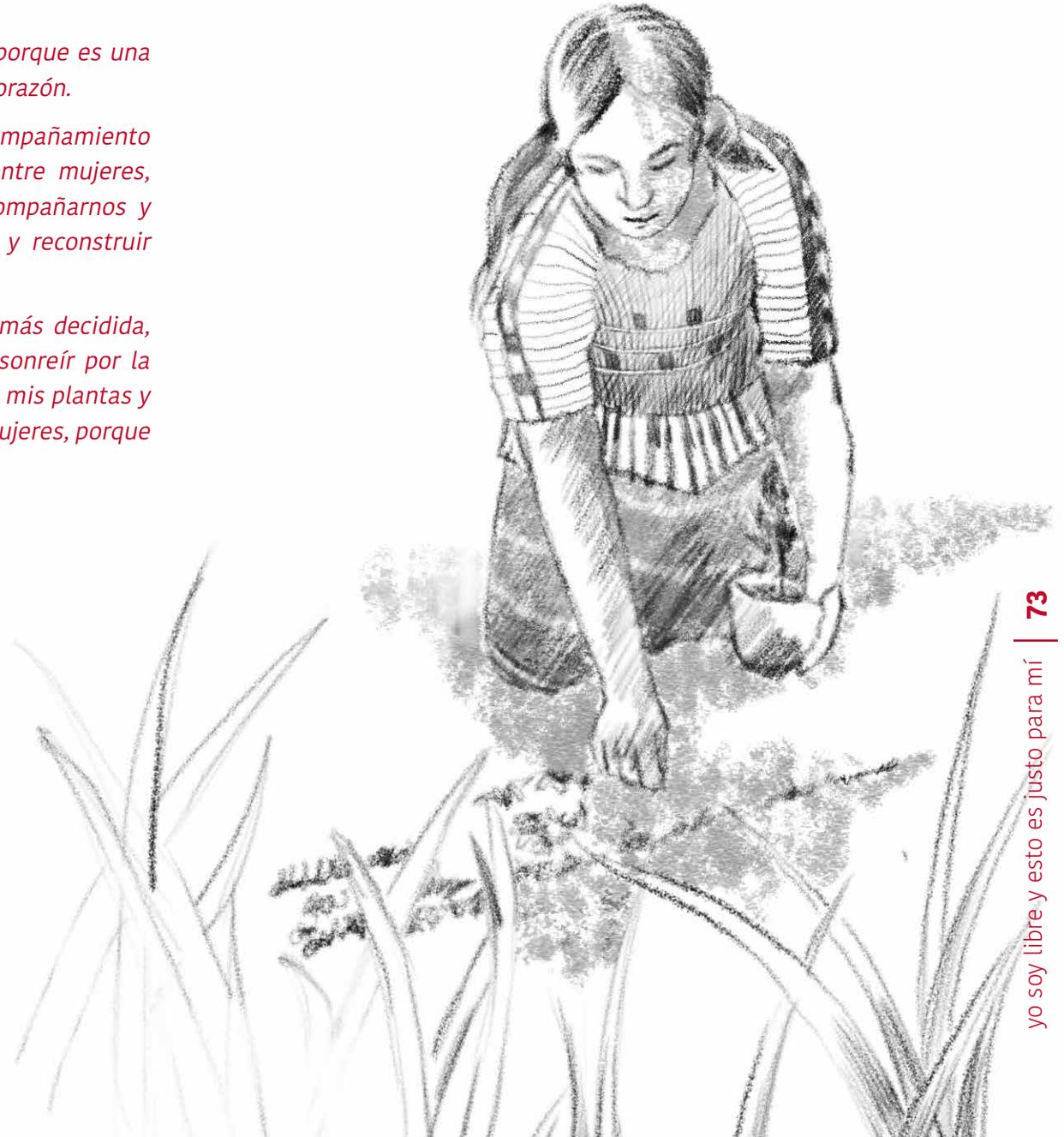
El miedo perdió valor en mí, acompaño a otras mujeres desde mis aprendizajes, todo lo que he logrado lo pongo en práctica para que otras mujeres de mi círculo y de mi comunidad se arme de fuerza y de valor para poner límites y no aguantar más los dolores, no quedarse calladas nunca más.

La organización entre mujeres es poderosa porque es una luz que despierta nuestra mente y nuestro corazón.

Agradezco a cada una por su fuerza y el acompañamiento maravilloso entre mujeres. No juzgarnos entre mujeres, es poderoso y es una nueva forma de acompañarnos y de escucharnos sin miedo de expresarnos y reconstruir nuestra propia historia.

Yo ahora soy otra mujer, más empoderada, más decidida, alegre, con ganas de vivir, bailar, caminar, sonreír por la vida y sembrar muchas semillas de amor con mis plantas y sembrar semillas en los corazones de otras mujeres, porque yo ahora si lo creo posible.

— Andrea





“La presente publicación ha sido elaborada con el apoyo financiero de la Unión Europea, su contenido es responsabilidad exclusiva de **Colectiva Actoras de Cambio** y no necesariamente refleja los puntos de vista de la Unión Europea”.